

POSMODERNIDAD Y JÓVENES LA NIEBLA CAE SOBRE LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

*Antonio Jiménez Ortiz**

Cuando desarrollas un programa informático tienes el control: “Construyes un mundo a partir de sus principios básicos, trazando los axiomas que lo gobiernan, poniendo en funcionamiento los motores que rigen la creación y la decadencia. Incluso en un entorno informático diseñado por otra persona puedes sentirte relajado, seguro, porque sabes que estás dentro de un sistema que funciona de acuerdo con reglas potencialmente conocibles. Contemplado desde esta perspectiva, el mundo real posee la paradójica cualidad de no parecer lo bastante real. Lo normal sería que la realidad fuera transparente, lógica. Que uno pudiera desatornillar la tapa y ver los circuitos internos”¹.

Tengo la impresión de que no pocos adolescentes y jóvenes viven con la creencia de que las cosas... y también quizás las personas podrían funcionar por simple presión de botones. En la informática se puede borrar una palabra fuera de sitio, una página brillante, una historia o una imagen, o toda una biblioteca... con sólo tocar una tecla, sin ningún tipo de dramatismo. En la informática hay complejidad, pero también lógica matemática. Su misterio se domina con un teclado y un ratón. En el misterio de la vida eso no es posible.

Según el *Informe Juventud en España 2004* los jóvenes manifiestan de forma general que no tienen problemas personales. Lo que realmente les preocupa es el trabajo, los estudios y el dinero, y las cosas que más les importan son la familia, los amigos y el tiempo libre. Se interesan fundamentalmente por sus relaciones personales, que representan el eje medular de sus vidas. Esas relaciones personales con su familia, con sus amigos o pareja es la clave de que se sientan bastante felices². De la cuestión sobre el sentido de la vida no encontramos ningún rastro. Las respuestas a una encuesta dependen siempre de las preguntas que se formulan.

* Profesor de Teología Fundamental en la Facultad de Teología de Granada.

¹ KUNZRU, H., *Leila.exe*, Santillana Ediciones Generales, Madrid 2005, 147.

² Cf. ANDRÉU ABELA, J., “Valores, participación y uso de tecnologías”, en: *Informe Juventud en España 2004*, Instituto de la Juventud, Madrid 2005, 483-489.

En el estudio³ de la Fundación Santa María *Jóvenes 2000 y Religión* se hace esta pregunta: “¿Te planteas a menudo los grandes problemas (cuestiones) de la vida: el fracaso, la felicidad, el dolor, la violencia, el sentido de la vida, el mal...?”. Un 30% de los jóvenes de 13 a 24 años se los plantea con frecuencia, y un 70% alguna vez o nunca (25%). Esas cuestiones preocupan sobre todo a los jóvenes más religiosos, y resulta significativo comprobar que agnósticos y ateos se interesan más por ellas, que los católicos no practicantes y los indiferentes, que son los grupos que como tendencia siguen creciendo. ¿Y con quienes comparten los jóvenes estas inquietudes existenciales? La gran mayoría con sus amigos, una tercera parte con sus padres y un 15% con nadie. Con profesores, religiosos o sacerdotes los adolescentes y jóvenes no hablan apenas sobre las grandes cuestiones de la vida. El influjo de la Iglesia en esta búsqueda de sentido es cada día más débil.

En el difícil y complejo proceso de la construcción de su identidad el joven de hoy busca apoyo y respaldo en su entorno personal, en sus amigos y en su familia, más que en la oferta de valores o convicciones que puedan formular los “grandes relatos” religiosos o ideológicos, que parecen haber perdido su tradicional influjo social. Adolescentes y jóvenes buscan su realización personal por los cauces de los “pequeños relatos” de su vida cotidiana, especialmente en el marco biográfico de sus amigos. El planteamiento de la pregunta por el sentido habrá que buscarlo en ese contexto cercano.

1. La posmodernidad y la pregunta por el sentido

“La postmodernidad: ¿Una excursión? ¿El fin del mundo? ¿O algo más?”. Esto se preguntaba con cierto humor David Lyon⁴ en 1994, y se respondía que sería fácil olvidarnos de la posmodernidad, tachándola impacientemente de moda pasajera o de capricho intelectual. Pero así iríamos contra la evidencia de las profundas transformaciones socioculturales que están teniendo lugar en las últimas décadas. “Dicho de otra forma, el debate de la postmodernidad no es un pasatiempo frívolo, o al menos no es sólo eso. Con el paso de los años ha cobrado una entidad que quizá no tenía al principio, o no era fácil de ver”⁵.

G. Lipovetsky eleva lo posmoderno al rango de una hipótesis global que describe el paso lento y complejo a un nuevo tipo de sociedad, de cultura y de individuo que nace del propio seno y en la prolongación de la era moderna. Por eso piensa que la posmodernidad invita a una interpretación en profundidad de la era moderna de la que salimos parcialmente, pero que, en muchos aspectos, prosigue su obra, a pesar de los que denomina paladines ingenuos de la ruptura absoluta. El tiempo posmoderno es la fase “cool” y desencantada de la modernidad, la ten-

³ Cf. GONZÁLEZ-ANLEO, J., “La religiosidad de los jóvenes: creencias, ritos y comunidad”, en *Jóvenes 2000 y Religión*, Fundación Santa María, Madrid 2004, 22-25. 353.

dencia a la humanización a medida de la sociedad, el desarrollo de las estructuras moduladas en función del individuo y de sus deseos, la neutralización de los conflictos de clase, la disipación del imaginario revolucionario, la apatía creciente, la desustanciación narcisista ...⁶

“En suma, los elementos corrosivos postmodernos minan los fundamentos de los grandes proyectos ilustrados, la expansiva occidentalización y los sueños optimistas que hicieron a la modernidad soportable si no placentera”⁷. La razón ha perdido el halo sagrado que le concedió la modernidad ilustrada. Y los desconfiados pensadores posmodernos afirman de forma resuelta que la razón no nos puede desentrañar la realidad, no es capaz de ofrecernos unos principios firmes que sostengan una ética, o una ideología, o un sentido. Ni siquiera sería posible según algunos fundamentar desde la razón unos principios normativos para orientar la vida.

Según Gianni Vattimo, sólo la modernidad, como la “era de Gutenberg”, ha creado en el hombre las condiciones para vivir en la historia como sustentado por un curso unitario de los acontecimientos. Sin embargo, la “era de la televisión” ha hecho esa experiencia problemática, e incluso imposible. El uso de los nuevos medios de comunicación ha llevado todo a una nivelación en el plano de la contemporaneidad y de la simultaneidad, que produce así una deshistorización de la experiencia⁸. La crisis de la idea de la historia lleva consigo la crisis de la idea de progreso. Si las vicisitudes humanas no presentan un decurso unitario, entonces no se podrá sostener que avanzan hacia un fin, que realizan un plan racional de emancipación⁹: “Por ello, la Historia con mayúscula, la Historia Universal ha concluido, y no queda sino la microhistoria, una miriada de crónicas heterogéneas que carecen de finalidad común”¹⁰.

Porque además se han ido disipando los fundamentos que han sostenido la realidad a lo largo del tiempo en Occidente: Dios, el hombre, la verdad, la idea... Ya lo resaltaba en 1982 Marshall Berman, al titular su libro¹¹ sobre la crisis de la modernidad, con la vieja expresión de Marx y Engels en el Manifiesto Comunista: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Asistimos a un desfundamiento de los principios y valores supremos. La posmodernidad dice adiós al ideal moderno de la fundamentación para abrirse a la indeterminación y a la discontinuidad, en un pluralismo inabarcable que nos confunde y nos abruma.

⁴ LYON, D., *Postmodernidad*, Alianza Editorial, Madrid 1996, 127. El original fue publicado en 1994.

⁵ PINILLOS, J. L., *El Corazón del Laberinto. Crónica del fin de una época*, Espasa Calpe, 1997, 310.

⁶ Cf. LIPOVETSKY, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986, 79-80. 113-114.

⁷ LYON, D., *Postmodernidad*, 133.

⁸ Cf. VATTIMO, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona 1986, 17.

⁹ Cf. VATTIMO, G., *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona 1990, 76.

¹⁰ PINILLOS, J. L., *El Corazón del Laberinto*, 247.

El sujeto posmoderno se mueve entre fragmentos de utopías, de sueños, de visiones de la realidad, perdido en el pluralismo de los juegos de lenguaje, sometido a una avalancha continua de informaciones y estímulos, difíciles de estructurar. Para los pensadores posmodernos la fragmentación y el pluralismo son el destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes relatos y obsesionado por las diferencias. Los “grandes relatos”, las visiones integradas de la realidad, que dan cohesión social y legitiman los sistemas de valores, ya no tienen credibilidad, sean relatos especulativos o de emancipación. Para Lyotard los “grandes relatos” o, dicho de otra forma, todos los intentos “universalizantes” por explicar y dominar la realidad han sido causa de terror y no hay que echarlos de menos¹².

Si se ha perdido la fe en el progreso y en el sentido emancipador de la historia, si los grandes relatos han quedado deslegitimados, si no es posible el consenso social, no resulta extraño que se conteste negativamente a la pregunta de si podemos continuar organizando la infinidad de acontecimientos que nos vienen del mundo, humano y no humano, colocándonos bajo la idea del sentido de una historia universal de la humanidad¹³. Se tiene la impresión en la sociedad actual de estar vagando sin horizonte fijo hacia donde dirigirse. No se divisa un norte estable y definitivo. La brújula es inútil, y sólo nos sirve el radar para evitar choques irremediables. Para la posmodernidad es vano todo esfuerzo que intente dar un sentido global a la vida, que busque una finalidad última a la realidad: “Los pasajeros del barco del “capitalismo pesado” confiaban (no siempre sensatamente, por cierto) en que los selectos miembros de la tripulación autorizados a subir a la cubierta del capitán llevarían la nave a destino. Los pasajeros podían dedicar toda su atención a la tarea de aprender y seguir las reglas establecidas para ellos y escritas en letra grande en todos los corredores del barco. Si protestaban (o incluso se amotinaban), era contra el capitán, que no llevaba la nave a puerto con suficiente rapidez o que no atendía debidamente a la comodidad de los pasajeros. En cambio, los pasajeros del avión del “capitalismo liviano” descubren con horror que la cabina del piloto está vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada “piloto automático” ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará, de la persona que elegirá el aeropuerto y de si existen reglas que los pasajeros puedan cumplir para contribuir a la seguridad del aterrizaje”¹⁴.

La clave, por tanto, está en vivir en el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro: el sentido histórico ha desaparecido¹⁵. El individuo posmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones

¹¹ Cf. BERMAN, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid 1988. El original es de 1982.

¹² Cf. LYOTARD, J.-F., *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona 1987, 26.

¹³ Cf. *ibid.* 35-47.

¹⁴ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2003, 65.

¹⁵ Cf. LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 51.

son susceptibles de modificaciones rápidas¹⁶. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple y ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo sin referencias estables ni coordinadas: “(...) ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis.”¹⁷

Con la imagen del “desierto” Lipovetsky intenta expresar esa inmensa ola de “desinversión” por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se están vaciando progresivamente de sustancia: Una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en un organismo abandonado. El saber, el poder, el trabajo, el ejército, la familia, la iglesia, los partidos... han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles, y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada. Y sin embargo el sistema funciona, pero por inercia, en el vacío, controlado por los “expertos”, que son los únicos que todavía quieren inyectar sentido allí donde sólo reina un desierto apático, porque la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia puede desplegarse sin patetismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores. El individualismo y la liberación del espacio privado lo absorbe todo: cuidar la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de “complejos”, esperar las vacaciones. Ya resulta posible vivir sin ideal, sin un objetivo trascendente¹⁸.

Pero hay que pagar un precio: “Cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad”¹⁹.

2. El planteamiento clásico de la cuestión del sentido

La experiencia de sentido en el hombre se sostiene en su radical apertura al mundo. Nunca se da por satisfecho con lo fáctico y evidente. Desea abarcar la totalidad. Y la pregunta por el sentido arranca de la posibilidad que tiene de poner en cuestión la realidad que le circunda. Todo es cuestionable y cada respuesta constituye un punto de partida para nuevas e interminables preguntas.

En ese horizonte inabarcable emerge una cuestión que nos afecta directamente: “¿Quién soy yo?” Aquí ya no es posible la neutralidad objetiva del espectador o del curioso. No se trata de un asunto meramente teórico. En este interrogante fun-

¹⁶ Cf. *ibid.*, 41. 44.

¹⁷ *Ibid.*, 9-10.

¹⁸ Cf. *ibid.* 35-36.38.40-41.51. A la misma conclusión llega J. Baudrillard analizando con su peculiar estilo la obesidad, el terror, lo obsceno, el teatro (Cf. *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona 1984, sobre todo pp. 51-52; 65).

¹⁹ LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 46.

damental están involucradas la inteligencia y la libertad. Nos enfrentamos a nuestra realidad personal, a la conciencia de nuestra identidad en la difícil tarea de llegar a ser lo que deseamos en relación con los otros y en el escenario de la historia. Pero ésta no es algo ajeno al ser humano. Lo engloba en su integridad. No representa el simple marco externo en que se despliega nuestra vida. Nos determina internamente.

La historia es el espacio de la libertad, de la responsabilidad, de la decisión. Es el lugar de lo nuevo, imprevisto, inesperado que nos concierne como personas, y en donde experimentamos la tensión entre el pasado, que desemboca en el hoy del presente, y el futuro que acaba convirtiéndose en pasado. Vivimos entre el recuerdo y la espera. Y en el encuentro de ambos procuramos estructurar y configurar el hoy, con la conciencia inquietante de que en lo más nuclear de mi persona no dependo de mí mismo: no controlo ni mi raíz ni mi fundamento. Soy contingente. No existo desde siempre y no existiré para siempre. Desde el presente me pregunto sobre el enigma de mi origen y sobre el misterio de mi futuro: “¿De dónde vengo? ¿Por qué existo? ¿A dónde voy? ¿Por qué? ¿Para qué?” Es la cuestión del sentido. Pregunta inevitable para una existencia auténtica en la historia, para la que en un primer momento no tenemos respuesta definitiva, porque no disponemos de la totalidad de nuestra vida ni de la totalidad de la historia. Vicente Aleixandre expresa de forma magistral en pocos versos esa búsqueda continua, ese anhelo acuciante de algo definitivo invocando a la tierra madre en su poema²⁰ *No basta*:

“Así, madre querida,
tú puedes saber bien –lo sabes, siento tu beso secreto
de sabiduría-
que el mar no baste, que no basten los bosques,
que una mirada oscura llena de humano misterio,
no baste; que no baste, madre, el amor,
como no baste el mundo.”

La cuestión del sentido no se puede aparcar. Hay que evitar la tentación del absurdo a pesar de las experiencias negativas que nos asedian. Si todo fuera sin sentido no sería posible la vida. Se da una confianza radical en la realidad que nos impide abandonar el mundo y la historia al destino oscuro del absurdo.

En las experiencias de dolor, sufrimiento o fracaso, cuando nos enfrentamos a situaciones de hombres y mujeres, cuyas vidas no parecen estar justificadas por ninguna función o tarea, como enfermos incurables o personas muy ancianas, cuando experimentamos la muerte de alguien, como truncamiento violento, cruel o injusto de una vida llena de esperanza, brota, en la confusión y en la zozobra, la cuestión

²⁰ CHAMPOURCIN, E. DE, *Dios en la poesía actual. Selección de poemas españoles y latinoamericanos*, BAC, Madrid 1976, 177.

inevitable del sentido. Y a pesar de esas experiencias negativas, sentimos una nostalgia vital y una voluntad apasionada, que se niegan a aceptar que el sinsentido, el mal, el odio, la injusticia, la muerte tengan la última palabra. Se vive de la esperanza oscura, enraizada en las entrañas, de que el miedo y la angustia desaparecerán, de que el absurdo no será nuestro destino definitivo, porque en las experiencias de felicidad, en los momentos de plenitud, en el amor y en el perdón somos conscientes de que el sentido nos sobreviene como luz y como don.

3. Escollos en el contexto sociocultural para la pregunta por el sentido en los jóvenes

¿Es accesible esta argumentación a los jóvenes de hoy? ¿Entra en su universo concreto de plausibilidad? Se ha dicho que la cuestión del sentido viene dada como elemento indisociable de la misma experiencia de la existencia. Pero no siempre se desvela. La vida cotidiana de adolescentes y jóvenes transcurre al margen de ese interrogante fundamental, que se oculta tras la niebla en una sociedad en la que se enaltecen el éxito, el hedonismo, la espontaneidad y la imagen, mientras se difunde una turbia insensibilidad para la búsqueda de autenticidad y para la actitud contemplativa de la realidad.

Desde su anclaje absoluto en el presente y en la atmósfera de escepticismo frente a las grandes palabras, adolescentes y jóvenes se sienten distantes de todo lo que parezca especulativo o teórico, incapaces muchas veces de asumir el silencio y de lograr una actitud de contemplación sosegada de la naturaleza y de la vida. La imagen y el sonido, la televisión y el auricular están suscitando una generación de indiferentes. Indiferencia por saturación, indiferencia por aislamiento, indiferencia por inmersión en la imagen, indiferencia como mecanismo de defensa frente a las agresiones de los medios, indiferencia por desconfianza en el hallazgo de la verdad, indiferencia por incapacidad de asimilación... Se huye del silencio, se evita con horror el vacío y el desierto interior, imprescindibles para una personalización de los valores trascendentes. Cuando sólo la catástrofe o el desastre son capaces de conmover, todo está a punto de convertirse en insignificante²¹.

3.1. Dificultades en la concepción de la temporalidad: la concentración en el presente

El planteamiento de la cuestión del sentido necesita de cierta conciencia de la historicidad del ser humano. Precisa el cauce de la tensión existencial entre pasado y futuro. Esta experiencia de la temporalidad es escasa en la sensibilidad posmoderna de adolescentes y jóvenes: “No hay pasado, no hay futuro, pues disfrutemos el presente.” Rotos los lazos con la historia, sentimos una libertad infinita. No tenemos la responsabilidad de seguir una tradición ni el deber de responder a un esquema de futuro, y eso nos libera”²².

²¹ Cf. JIMÉNEZ ORTIZ, A., *Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo*, CCS, Madrid 1996, 113-114.

²² VERDÚ, E., *Adultescents. Autorretrato de una juventud invisible*, Temas de hoy, Madrid 2001, 16.

Aterrizados en el presente ante el trabajo o el tedio, entretienen el tiempo, pasan el tiempo, matan el tiempo. Es decir, el tiempo se ha vuelto hostil, pesado, aburrido y hay que acabar con él. Y la forma de hacerlo es divirtiéndose. La diversión aparece como la única salvación al alcance de la mano. Es la concreción más creíble de la felicidad. Ya que ser felices de verdad parece quedar más allá de las posibilidades juveniles, se contentan con estar divertidos. Para J. A. Marina, las ideas de una época nunca marchan solas, sino formando un sistema. Nuestras creencias sobre la felicidad, el aburrimiento, el futuro o la diversión van acompañadas de una idea de lo que somos. El Yo se está convirtiendo en un «conjunto impreciso». En todas partes se produce la desaparición de la realidad rígida en manos de la posmodernidad. Nuestra forma de vivir, que no acierta a comprender otros valores que no sean los de la satisfacción inmediata, fomenta una disolución del Yo²³. Rastros de este Yo que se disipa detectamos en la música juvenil, como en la canción²⁴ *Somos aire* del grupo El Sueño de Morfeo:

“Y es verdad
que somos aire
una vida por delante y a volar.”

O también en la canción²⁵ *Nada de Nada* de Amaral:

“Nada de nada.
La espuma del mar,
Un grano de sal o de arena,
Una hebra de pelo,
Una mano sin dueño,
Un instante de miedo,
Una nota perdida,
Una palabra vacía en un poema,
Una luz de mañana.
Así de pequeña soy yo,
Nada de nada.
Nada de ti, nada de mí,
Una brisa sin aire soy yo.
Nada de nadie.”

“De la misma forma que el cero es la nada, el presente tampoco existe, es simplemente una milésima de segundo que corre a toda velocidad separando el pasado del futuro, la llama carbonizando la mecha. Pero es nuestro único universo”²⁶.

²³ Cf. MARINA, J. A., *Crónicas de la ultramodernidad*, Anagrama, Barcelona 2000, 135. 141-142.

²⁴ EL SUEÑO DE MORFEO, en el disco *El sueño de Morfeo* (2005).

²⁵ AMARAL, en el disco *Una pequeña parte del mundo* (2000).

²⁶ VERDÚ, E., *Adultescentes*, 9.

Y así van creciendo los jóvenes impermeabilizados contra la tradición, barnizados de actualidad y sin idea de futuro²⁷. Sus relojes digitales dicen la hora que es, pero no dicen la hora que no es: son la expresión del tiempo instantáneo, la pérdida de la historia. Sólo se da por cierto lo que ocurre de inmediato, en directo en las pantallas, que parpadean hoy en un tiempo en el que pasado, presente y futuro se han fundido en un flash²⁸: “El “corto plazo” ha reemplazado al “largo plazo” y ha convertido la instantaneidad en ideal último. La modernidad fluida promueve al tiempo al rango de envase de capacidad infinita, pero a la vez disuelve, denigra y devalúa su duración”²⁹.

Y la moda ridiculiza el peso o la tragedia de la historia. Se entretiene con la liviandad, convirtiendo el tiempo simplemente en temporada³⁰. Al prescindirse de los apoyos trascendentes de carácter político, moral o religioso se genera una existencia puramente actual, una subjetividad sin finalidad ni sentido³¹: “Todo lo que ansiamos los jóvenes hoy tiene un precio. (...) La vida de aquí y ahora es lo único que nos importa porque es lo único que tenemos. Así que nuestras pequeñas satisfacciones son reales, personales, vivenciales, tangibles. Y cuestan dinero”³². ¿Y dónde encontrar el sentido? ¿Dónde hallar la felicidad? Según Eduardo Verdú, la oportunidad de ser felices se da en el espacio y tiempo privativo de los jóvenes, donde se apuran las satisfacciones más inmediatas, sin autocompasión, sin auto-complacencia. El entorno será positivo o negativo en relación al placer y al bienestar que ofrezca. Este es el criterio definitivo de discernimiento: “No pretendemos cambiar las cosas, no somos rebeldes. Sólo deseamos que nos dejen un rato en paz, con nuestras frustraciones y nuestros gozos, con nosotros mismos. Que se vayan a dormir y nos entreguen la noche”³³.

En la condición posmoderna la oposición entre sentido y sinsentido ya no es desgarradora. Pierde radicalismo ante la frivolidad ambiental, ante la banalidad efímera de la moda, ante las ofertas del ocio, ante los juegos caprichosos y volubles de la publicidad. En la era del espectáculo, las antinomias duras entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo, entre lo real y lo ilusorio, entre el sentido y el sinsentido se esfuman. Los antagonismos se vuelven flotantes. Se empieza a vislumbrar que ya es posible la existencia sin proyecto ni sentido. Hombres y mujeres posmodernos son como muebles modulares conformados a partir de elementos desmontables y cuya mayor ventaja es la rapidez que permiten para el ensamblaje o el desguace. Un

²⁷ Cf. *ibid.*, 11.

²⁸ Cf. VERDÚ, V., *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama, Barcelona ³2003, 261. 263.

²⁹ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, 134.

³⁰ Cf. *ibid.*, 155.

³¹ Cf. LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 61.

³² VERDÚ, E., *Adultescents*, 51.

³³ *Ibid.*, 99.

ser sin demasiados atributos fijos, sostenido por diversas lógicas, inseguro ante los principios, pero siempre disponible para las alianzas cambiantes y la obligada plasticidad del corazón³⁴. Así el talante posmoderno “tiene un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia, que a todos nos parece refrigerante. Hay un sentimiento de provisionalidad, indeterminación, superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros, de lágrimas fáciles y consuelos vertiginosos, al parecer sin graves riesgos”³⁵.

3.2. Dificultades en la experiencia del amor: el amor como espejismo que se diluye

Nunca el amor ha tenido tan buena prensa y tanta promoción gratis. Nunca se le ha cantado tanto. Perdido el cielo, el amor se ofrece como paraíso definitivo... azotado por vientos y tempestades, frágil y vulnerable como los sujetos que lo proclaman y celebran. Respecto a la relación personal se comprueba en el ambiente juvenil dos tendencias aparentemente divergentes: por un lado, se buscan relaciones que no generen compromisos serios o exigencias que impliquen sacrificios, y por otro, hay un deseo profundo de fidelidad, que es valorada como el factor más importante para el éxito de una relación de pareja. ¿Se trataría, en el fondo, de dos consecuencias lógicas provocadas por su inseguridad personal y su vulnerabilidad psicológica?³⁶

La posmodernidad ha alumbrado un nuevo modelo amoroso, al que J. A. Marina ha denominado «amor mercurial». Los protagonistas no quieren apelar a ningún canon exterior. Para ellos, la propia relación amorosa es el único referente, el prototipo de sí misma. El proyecto común es mantener una relación mientras resulte psicológicamente gratificante. Y más tarde o más temprano la relación sentimental se torna conflictiva porque el amor mercurial no tiene soportes externos y debe fundarse en la intimidad, en la confianza y en la autenticidad, valores que dependen de la índole de los sujetos que protagonizan esa relación. Pero resulta que la cultura posmoderna está fomentando un sujeto que se caracteriza por su plasticidad y sentido de provisionalidad, un yo frágil, ameboide, flexible, incoherente³⁷: “Desde el fin de semana anterior Chris había pensado mucho. No especialmente en Arjun. En ella y en Nicolai. Ambos habían intentado siempre ser la fantasía del otro. Ése era el trato, lo que les mantenía unidos. Sin compromisos. Todo podía hacerse. Todo estaba permitido. A veces suponía un gran esfuerzo, sobre todo cuando había otras personas implicadas, pero siempre había creído que se trataba de una elección

³⁴ Cf. VERDÚ, V., *El estilo del mundo*, 192.

³⁵ MARINA, J. A., *Crónicas de la ultramodernidad*, 58.

³⁶ Cf. CECS, *España 1996. Una interpretación de su realidad social*, Fundación Encuentro, Madrid 1997, 223: “Además, en una sociedad conflictiva, con valores contrapuestos y relativización de no pocas realidades tenidas hasta no hace mucho como intocables (familia, pareja, compromisos duraderos, etc.), los afectos son más lábiles y se resquebrajan fácilmente.”

³⁷ Cf. MARINA, J. A., *Crónicas de la ultramodernidad*, 60. 104. 113.

valiente. Iban construyendo sus vidas sobre la marcha, jugando con las reglas que ellos mismos se habían marcado”³⁸.

Por su parte Zygmunt Barman afirma que para los habitantes del moderno mundo líquido o posmoderno, que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el consumo instantáneo, el cargarse de compromisos inquebrantables supera toda capacidad y voluntad de negociación, porque se renunciaría a las nuevas y numerosas oportunidades que aparecen por todas partes. En la sociedad actual la relación personal es un producto más de consumo inmediato, y por tanto fácilmente descartable. Aun en el caso de que el producto cumpla con lo prometido, no puede ser de uso duradero. Después de todo, coches, ordenadores o teléfonos móviles que funcionan relativamente bien van a engrosar con pocos escrúpulos el montón de los desechos en el momento en que sus versiones nuevas y mejoradas aparecen en el mercado ¿Acaso hay una razón para que las relaciones de pareja sean una excepción a la regla?³⁹ “La “elección racional” de la época de la instantaneidad significa buscar gratificación evitando las consecuencias, y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar. Las huellas durables de las gratificaciones de hoy hipotecan las posibilidades de las gratificaciones de mañana. La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto”⁴⁰.

La moderna razón líquida contempla los compromisos definitivos como una verdadera amenaza. Los vínculos duraderos despiertan la sospecha de una dependencia paralizante. Las ataduras y los lazos vuelven “impuras” las relaciones humanas, que como cualquier producto están destinadas a la satisfacción instantánea, mientras se mira de reojo la fecha de caducidad: “Como los compromisos presentes son escollos para las oportunidades de mañana, cuanto menos serios sean, menor es el daño que pueden causar. La palabra clave de la estrategia de vida es “ahora”, sin importar los alcances de esa estrategia ni lo que pueda implicar. En un mundo incierto e impredecible, los trotamundos hábiles harán lo imposible para imitar a los felices “globales” que viajan livianos; y no derramarán demasiadas lágrimas al deshacerse de todo aquello que obstaculiza sus movimientos”⁴¹.

Lo ideal es una “relación de bolsillo”, encarnación de lo instantáneo y lo descartable. “Mike se moría de ganas de reunirse con el amor de su vida de esa tarde y no tardó en marcharse del Buster Bowl” escribe con sorna Tom Wolfe en su última novela de ambiente universitario⁴². Cuanto menos se invierta en la relación, tanto menos inseguro se sentirá el sujeto cuando se vea expuesto a las fluctuaciones de sus propias emociones futuras. Así que no debe permitir que la relación se escape

³⁸ KUNZRU, H., *Leila.exe*, 145.

³⁹ Cf. BAUMAN, Z., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005, 28-29. 48.

⁴⁰ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, 137.

⁴¹ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, 173.

⁴² WOLFE, T., *Soy Charlotte Simmons*, Ediciones B, Barcelona 2005, 74.

del control de su cabeza, ni que desarrolle su propia lógica, ni especialmente que ocupe otros ámbitos personales, saliéndose de su bolsillo, que es su lugar natural⁴³: “No estamos para votos románticos. Tampoco gastamos la idea arcaica de la fidelidad. De la misma forma que estamos con una pareja hasta que la relación nos resulte satisfactoria y beneficiosa, tampoco adquirimos un compromiso vitalicio con un partido político”⁴⁴.

No es extraño, entonces, que el encuentro virtual sea la opción de comunicación practicada con mayor celo. La soledad en la propia habitación, con un móvil o delante del “messenger”, es una situación más segura y menos arriesgada que compartir el terreno de la vida en común. “Estar conectado” es más económico que “estar relacionado”⁴⁵. Después de todo, la definición romántica del amor – “hasta que la muerte nos separe” – está decididamente pasada de moda, mientras hombres y mujeres andan desesperados por “relacionarse”. Sin embargo desconfían todo el tiempo del “estar relacionados”, y particularmente de estar relacionados “para siempre”, por no hablar de “eternamente”. Temen que ese estado pueda convertirse en una carga que no se sienten capaces de soportar, y que puede limitar severamente la libertad que necesitan... para seguir relacionándose⁴⁶: “No necesitamos cometer infidelidades porque no hemos jurado amor eterno”⁴⁷.

Difícilmente una experiencia de este amor mercurial o líquido puede ser cauce para un planteamiento de la pregunta por el sentido. Un espejismo no puede ofrecer fundamento sólido a una esperanza que sostenga la vida.

3.3. Distanciamiento frente a la experiencia de la muerte

La sociedad del espectáculo parece defenderse frente al “espectáculo de la muerte”. En otros tiempos y en otras culturas contemporáneas la muerte estaba y

⁴³ Cf. BAUMAN, Z., *Amor líquido*, 38. 39. 70.

⁴⁴ VERDÚ, E., *Adultescents*, 144.

⁴⁵ Cf. PÉREZ TAPIAS, *Internautas y naufragos. La búsqueda del sentido en la cultura digital*, Ed. Trotta, Madrid 2003, 119: “El autorrepliegue de cada uno de los individuos sobre su ordenador aviva ese temor y agudiza la necesidad de interrelación —más allá de la interactividad—, de forma que, si ésta no se satisface, más se acentúa aquél y más se intensifica la búsqueda compulsiva de nuevas formas de huida de la soledad a través de más y más conexiones por la red, lo cual no hace sino incrementar el malestar de tantas personas que en verdad se sienten muy solitarias”. Y en H. KUNZRU, *Leila.exe*, 151-152 leemos: “De cualquier forma, el sistema en el que estaba inmerso constituía un problema. No tardó en apartarse de él, maltratado por la pubertad y por las dificultades de interactuar con el resto de la gente. Las personas eran simas insondables, abismos. Su violencia, su vaguedad, sus motivaciones ocultas y sus inexplicables cambios de humor tejían un entorno social de pesadilla. ¿Cómo iba a poder entenderlas nadie? No tenían sentido. Cuando por fin pudo ponerle las manos encima a su propio ordenador, se convirtió en un eremita de la informática, refugiado en un lugar en el que la comunicación estaba gobernada por reglas claras y explícitas. Accesos lógicos. Tablas de verdad. Por él, el mundo humano podía pudrirse tranquilamente. Le había cerrado la puerta de su dormitorio.”

⁴⁶ Cf. BAUMAN, Z., *Amor líquido* 8. 19. 88. 90.

⁴⁷ VERDÚ, E., *Adultescents*, 43.

está integrada en la vida cotidiana. En nuestro ambiente social han mejorado de forma muy considerable los servicios que rodean esta experiencia extrema del hombre: seguros, unidades especializadas en los hospitales, cementerios, tanatarios, la posibilidad de la incineración...

Sin embargo la muerte sigue siendo una realidad secuestrada prácticamente en el entorno social. Se tiene conciencia de ella cuando acontece en un amigo o en un familiar cercano. Lo demás queda restringido a la presencia obligada en algunos funerales, a las esquelas mortuorias con las que nos tropezamos cuando hojeamos un periódico, a la fría y anónima cifra de fallecidos por accidentes de tráfico en cada fin de semana, a la visión de imágenes en los informativos de la televisión, que, con cierta frecuencia, nos pueden resultar ya tan “virtuales” como las que vemos en las innumerables secuencias cinematográficas de violencia: “Mientras que la muerte de los seres cercanos y queridos se ha convertido en un acontecimiento completamente íntimo y prácticamente secreto, la muerte humana ha pasado a ser una incidencia diaria, demasiado familiar y corriente para suscitar horror o cualquier otra emoción fuerte; sólo un espectáculo entre otros espectáculos (...). Como todos los demás espectáculos, la muerte «tal y como se ve en televisión» es un drama interpretado en la *realidad virtual*, no menos pero tampoco más tangible y «a mano» que las hazañas de los protagonistas de Star Trek, los vaqueros que tiran de pistola o los Rambos y Terminators de gatillo fácil”⁴⁸.

La mayoría de los jóvenes suelen vivir la existencia como una evidencia, como algo dado. Y la muerte surge como una sorpresa imprevista que cuestiona la vida cotidiana. La muerte debería abrir los ojos al realismo de la vida: ésta tiene en su seno una frontera que no se puede atravesar. Los discursos y argumentos parecen vanos ante esta radical derrota del ser humano, que no se puede trivializar ni camuflar, y que representa la evidencia irrefutable de la finitud humana.

La pregunta sobre la muerte ha desatado tradicionalmente una cascada de cuestiones: ¿Qué ocurre con los imperativos éticos de la dignidad, de la libertad, de la justicia? ¿Cómo exigirlos si la inmensa mayoría de los seres humanos han desaparecido en el remolino de la muerte sin que haya para ellos la posibilidad de justicia, de libertad, de dignidad? ¿Cómo luchar por el futuro si sólo existe el abismo de la muerte? ¿Dónde fundamentar la esperanza? ¿Qué es mi vida: pura casualidad, singularidad irrepetible? ¿Será posible ir más allá, ver más allá de ese hecho oscuro, opaco, impenetrable?

¿Se plantean los jóvenes esas preguntas? En la posmodernidad la propia muerte, considerada en otro tiempo por la religión como una especie de acontecimiento extraordinario que impartía significado a todos los acontecimientos ordina-

⁴⁸ BAUMAN, Z., *La posmodernidad y sus descontentos*, Akal Ediciones, Madrid 2001, 217.

rios, se ha convertido ya en un acontecimiento ordinario, el último episodio de una sucesión de episodios. Ha dejado de ser un hecho trascendental para transformarse en el mero “fin de un relato”. Nada sucede después de finalizado el relato⁴⁹. Algo así sugieren los escuetos y transparentes versos de Herme G. Donis⁵⁰ en su poema *Impresión repetida*:

En el mar que en el interior retumba,
ahora sólo persiste la certeza
de que después de la intrépida aventura
que es la vida, nada de ti irá más lejos
de la fría intimidad que da la tierra.
Ultimará allí la muerte tu silencio.

Parece ser que adolescentes y jóvenes aceptan que la muerte es inevitable y representa el final definitivo. No obstante la contemplan como algo lejano, que a ellos no les atañe. No tienen interés por los temas relacionados con la muerte⁵¹, aunque sí se detecta cierta curiosidad por el “más allá”, despertada también por el influjo de la Nueva Era⁵² y por la atención que se presta socialmente a fenómenos paranormales y propuestas esotéricas⁵³. La muerte, alejada de la existencia cotidiana

⁴⁹ Cf. *ibid.*, 218.

⁵⁰ DONIS, H. G., (Villalón de Campos, Valladolid 1951). Tomado de http://www.portaldepoesia.com/TEXTOS%20DIGITALIZADOS/Herme_G._Donis_Antologiabreve.htm

⁵¹ No hay datos significativos sobre la actitud de adolescentes y jóvenes españoles ante la muerte. En la tesis doctoral de URRACA MARTÍNEZ, S., *Actitudes ante la muerte (preocupación, ansiedad, temor y religiosidad)* = Colección Tesis Doctorales nº 207/82, Universidad Complutense, Madrid 1982, se manejan afirmaciones como las expuestas en el texto sobre la actitud de adolescentes y jóvenes, pero todo ello sacado de investigaciones extranjeras. En la tesis doctoral de RODRÍGUEZ RIOBOO, F., *La idea de la muerte en la sociedad española actual* = Colección Tesis Doctorales nº 164/93, Universidad Complutense, Madrid 1993, no hay ningún dato sobre la actitud de los jóvenes ante la muerte, ni en el texto ni en la bibliografía. En las encuestas sobre los jóvenes de la Fundación Santa María desde 1989 hasta 2004 encontramos datos estadísticos sobre la creencia de “Vida después de la muerte”. Una búsqueda minuciosa a través del Google no me ha dado ningún resultado en este punto. En www.tanatologia.org hay un pequeño artículo sobre muerte y adolescentes basado en las investigaciones extranjeras que también se ofrecen en la tesis de S. Urraca Martínez.

⁵² En la década de los 90 se detectó ya este influjo de la Nueva Era de forma evidente. En 1994 las afirmaciones de carácter inmanentista y cosmovitalista de que “Dios no es otra cosa que lo que hay de positivo en los hombres y en las mujeres” y de que “hay fuerzas o energías que no controlamos en el universo, que influyen en la vida de hombres y mujeres” tienen entre los jóvenes españoles una aceptación del 53,9% y del 52,1% respectivamente, y en la reencarnación creen un 17% frente a un 14% que acepta que “la resurrección de Jesús da sentido a mi muerte”. En 1999 las cifras correlativas son del 42,9% y del 52,2%, y en la reencarnación creen un 27% frente al 24% que creen en la resurrección de los muertos. Y creen en horóscopos y en la astrología (42% en 1994 y 41% en 1999), en la predicción del futuro a través de la quiromancia, cartas y el tarot (33% en 1994 y 33% en 1999), y en la curación a través del magnetismo de ciertas personas (35% en 1994 y 29% en 1999). En conjunto se comprueba una disminución (¿circunstancial?) en este tipo de credulidad, pero las cifras siguen siendo altas (Cf. ELZO, J., *La religiosidad de los jóvenes españoles*, en *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid 1994, 144. 151; Cf. ELZO, J. - GONZÁLEZ ANLEO, J., *Los Jóvenes y la Religión*, en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, 278. 282. 308).

na, como frío y distante espectáculo, pierde la capacidad de provocar la decisiva cuestión del sentido.

4. *Caminando con los jóvenes por las veredas del sentido: expertos en micrologías*

En 1969 un sociólogo acudía en auxilio de los teólogos católicos y protestantes. Eran los tiempos en que se proclamaba solemnemente la muerte de Dios, y en los que se daba por supuesto que lo sobrenatural, entendido como una realidad plena de sentido, estaba ausente del horizonte vital de muchas personas. Peter Berger, ante la marea amenazante de la secularización, le echaba una mano a los teólogos: lo sobrenatural, aunque privado de respetabilidad cognitiva por las “autoridades” intelectuales, puede sobrevivir en ciertos rincones escondidos o alojarse en algunas grietas de la cultura, en incluso en lugares nada recónditos de la vida cotidiana. En ella la teología puede encontrar “signos de trascendencia” en gestos humanos prototípicos.

De forma más sencilla: en experiencias de cada día, que pertenecen radicalmente al ser humano como tal, se descubren indicadores que señalan a la trascendencia. Y Peter Berger, con claridad y agudeza, mostraba los “signos de trascendencia” que se pueden detectar en el deseo de orden frente a la amenaza del caos, en el juego, en la esperanza de hombres y mujeres a pesar de la muerte, en el rechazo absoluto y condenatorio de hechos que “claman al cielo”, en la experiencia del humor. La vida adquiere la mayor parte de su riqueza en su capacidad de éxtasis, no entendido como vivencia mística, sino como experiencia que rompe la coraza de la superficialidad cotidiana y abre un boquete hacia el Misterio que nos rodea por todas partes⁵⁴.

Algo así pretendemos nosotros. La solemne cuestión del sentido nos puede distraer con sus galas filosóficas y antropológicas tradicionales. Nos acecha desde tiempo inmemorial en propuestas religiosas, éticas o ideológicas. Se nos planta delante de forma exigente y autoritaria. Y posiblemente los jóvenes no están acostumbrados a esos modos. Pasan... por extrañeza e indiferencia. Pero la cuestión del sentido no pasa. Está ahí enquistada en la interioridad de cada uno cuando espera con ansia la luz del amanecer, cuando busca cobijo al llegar la noche, cuando se ilumina su corazón ante una palabra de ternura, cuando la angustia atenaza las entra-

⁵³ En la entrevista “Elena de Venecia”, a la joven actriz Elena Anaya en la revista *YO dona*. Suplemento semanal de *El Mundo*, 8.10.2005, nº 23, 49-50, leemos: “**En el filme, las personas que amamos jamás mueren del todo y permanecen a nuestro lado. ¿Te identificas con esa idea?** Sí, aunque en la película se expresa de forma algo diferente a mi punto de vista. No me considero una persona católica ni espero una vida más allá de la muerte en el sentido que se le ha dado tradicionalmente. Pero sí creo firmemente en la energía y en el amor como fuerzas que jamás mueren del todo. Cuando alguien desaparece, una parte se queda con nosotros. Sin duda”.

⁵⁴ Cf. BERGER, P., *Rumor de ángeles. La sociedad moderna y el descubrimiento de lo sobrenatural*, Herder, Barcelona 1975, 13. 51. 88. 97. 98-135. El original es de 1969.

ñas ante la agonía de un ser querido... Está sosteniendo discretamente la búsqueda obsesiva de belleza y de hogar, de orientación y de identidad, como resuena en las sencillas y transparentes metáforas de estos versos de Antonio Fernández Lera⁵⁵ de su poema *Casa sola*:

Nosotros los perdidos y los tristes,
nosotros los que ahora cantamos tus canciones,
los que ahora buscamos
un jardín y una casa,
un reloj
y un espejo.

¿Tiene sentido la vida? Pregunta clásica... que no preocupa a los jóvenes. Lo que realmente desean es que su existencia concreta, sostenida por los “pequeños relatos” de su vida cotidiana, sea luminosa, gozosa, que las abruptas veredas por las que deambulan sin indicadores ni referencias normativas, a veces en medio de la niebla no desemboquen en la cruda realidad del sufrimiento, del desamor o de la muerte. Su actitud empirista y pragmática dificulta seriamente la captación del “sentido de la vida”, que no es posible demostrar como evidente, sino que es objeto de libertad, de opción, de responsabilidad, y que para ser descubierto requiere análisis del contexto, distancia crítica, capacidad de introspección y contemplación, sensibilidad para la complejidad, apertura al misterio. Demasiado para adolescentes y jóvenes: “Así pues, lo que importa no es el sentido de la vida en términos generales, sino el significado concreto de la vida de cada individuo en un momento dado”⁵⁶.

El sentido no se impone como un dato empírico. Se descubre como un don, o nos seduce de pronto cuando nos dejamos abrazar por el Misterio escondido bajo las ambiguas apariencias de cada día. Es la vida ordinaria el lugar donde se ha de percibir el sentido en los diversos, sencillos significados y sentidos que germinan por doquier.

Lentamente, pacientemente se puede vislumbrar el sentido en lo cotidiano, en lo minúsculo, en lo concreto. Quizás habría que reflexionar sobre el sentido de la vida no tanto a partir de la expresión “tener sentido”, sino más bien desde la expresión “dar sentido”. El “tener sentido” se refiere a las estructuras ontológicas que hacen inteligible la vida, porque desvelan una finalidad. El “dar sentido” supondría el compromiso de la libertad en la tenaz tarea de vivir. Esto presupone de hecho la inteligibilidad de lo real⁵⁷. Pero en el caso de los jóvenes esta inteligibilidad no es

⁵⁵ FERNÁNDEZ LERA, A., (Madrid 1952).

Tomado de http://www.portaldepoesia.com/TEXTOS%20DIGITALIZADOS/AFL_Casa_sola.htm

⁵⁶ FRANKL, V. E., *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1989, 107.

⁵⁷ Cf. GARCÍA ROJO, J., *El sentido de la vida. Una pregunta necesaria*, Universidad Pontificia, Salamanca

accesible existencial y psicológicamente. En su búsqueda de comprensión y acogida incondicional, en sus anhelos de ternura y fidelidad, en sus ofertas titubeantes de solidaridad y compromiso, en la atmósfera cálida de sus encuentros de amistad, en sus plegarias sentidas y discretas a ese Misterio que muchos no se atreven a nombrar, pueden ir pasando del deseo real de “dar sentido” a la convicción serena de que su vida, de que incluso la realidad “tienen sentido”.

En otras palabras, el camino hacia el sentido pasa por el descubrimiento consecuente de la alteridad, por la decisión de responder a las demandas que nos plantean los demás: “La cuestión del sentido de la vida, por tanto, sólo se puede plantear en forma concreta, y sólo se puede contestar de modo activo: contestar a las “preguntas de la vida” significa “responsabilizarse”, “efectuar” las respuestas”⁵⁸.

Desde que nacemos a la vida el encuentro es fuente de acogida, de confianza, de luz y de sentido. En el descubrimiento y aceptación de un Tú, en la reciprocidad de encuentros personales y humanizantes el sentido de la vida va brotando e iluminando nuestra interioridad. Abrirse a la alteridad, en la responsabilidad y en el compromiso, es camino propicio hacia el desvelamiento del sentido.

Pero en tiempos de narcisismo la alteridad, los otros y sus demandas, desaparecen con frecuencia del entorno psicológico y sólo queda el YO en su salón de espejos. Cuando los demás son vistos como instrumentos para mi gratificación, el individuo se hace consciente de la alteridad como negación: realidad extraña, ajena, antagonista, contemplada a lo más desde la indiferencia. Y si las relaciones personales se hacen opacas y difíciles, la alteridad se experimenta como frustración y rechazo.

¿Cómo educar para el reconocimiento y aceptación de la alteridad? Quizás por los caminos escarpados de las experiencias de la soledad y del sufrimiento ajeno. El sujeto frágil y vulnerable de la posmodernidad es incapaz de soportar la soledad. Y ésta puede ser experimentada como metáfora del absurdo de la vida, cuando se olvida que vivir es convivir, que soy yo por los otros, que sin ellos no es posible el diálogo de la existencia, que la alteridad puede ser percibida a veces como amenaza, pero que sin la alteridad no florece la vida ni el sentido ni la aceptación del propio yo, ni el amor que no pueden prescindir del encuentro personal, del dar y del recibir.

2004, 246: “Antes de que el hombre se formule la pregunta del sentido se encuentra ya descansando en él, lo mismo que se encuentra descansando en el ser antes de haberse planteado cualquier pregunta sobre él. Uno y otro, ser y sentido, preceden al hombre, sin que éste, por su parte, pueda colocarlos o retirarlos. Ambos le desbordan, porque ambos son para él y para todos los seres particulares fundamento inabarcable. Uno y otro son realidad fundante y significativa de todo”.

⁵⁸ FRANKL, V. E., *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Herder, Barcelona 1987, 245.

Y la otra posibilidad para reconocer la alteridad es el sufrimiento humano. Podemos intentar aislarnos, recrear un mundo a nuestra medida... pero tarde o temprano nos toparemos con la experiencia del dolor que derrumba nuestro castillo de naipes. El otro que sufre apela a nuestra sensibilidad, se hace palabra que perfora los muros de la distancia, de la indiferencia. Golpea nuestra conciencia y nos exige respuesta. No es cuestión de simpatía. Es la sensación extraña e iluminadora de que ese rostro, a pesar de las diferencias evidentes, pertenece también a nuestro mundo interior, porque en su humanidad nos reflejamos como seres finitos, frágiles, vulnerables a la búsqueda también de un sentido y de una esperanza. Y nace en nosotros la compasión como reconocimiento, como responsabilidad, como compromiso que ofrece consuelo, y también la superación de las causas y circunstancias de todo tipo que provocan ese sufrimiento⁵⁹.

Empieza a amanecer el sentido por el horizonte de la vida cotidiana de jóvenes y adolescentes, cuando en sus experiencias de soledad descubren la necesidad de los demás y rompen los muros de su narcisismo, cuando en su actitud de compasión se abren, en su fragilidad y limitaciones, al reconocimiento del otro y al compromiso por un mundo más justo y humano.

Ellos necesitan ser acompañados en este reconocimiento de la alteridad por las angostas veredas del sentido por gente experta en micrologías, es decir, en sus pequeñas cosas: en sus experiencias estéticas ante la naturaleza o en la fascinación ante la música, en su franca y sencilla hospitalidad frente al diferente y extraño, en su solicitud, con frecuencia inconstante, por los que sufren, en sus deseos de paz y felicidad, a pesar de la perplejidad que sienten ante un mundo que les ofrece poco futuro. Desde hace tiempo se habla de los muchos naufragos de esta sociedad carente de coordenadas orientadoras y sin jerarquías de valores. Pero los jóvenes no se sienten naufragos. Viven a gusto en este mundo que tanta confusión, inseguridad e incertidumbre provoca en los adultos. Los jóvenes sí se pueden sentir solos y abandonados. Necesitan compañeros de camino, que sean auténticos, coherentes. Necesitan creyentes, que desde la cercanía afectiva y la empatía sepan comunicar con un lenguaje inteligible y existencial la infinita ternura de ese Misterio, al que Jesús llamó "Abba, Padre".

El fue el sentido de su vida.

Ese Misterio último de misericordia y ternura se revela también para jóvenes y adultos como el sentido definitivo de nuestras vidas, cuando abrimos el corazón al que sufre o busca una esperanza.

⁵⁹ Cf. JIMÉNEZ ORTIZ, A., "Ante el riesgo del fundamentalismo la difícil aventura de la educación": *Proyección* 52 (2005) 156-157.